

CUENTO N° 95

TÍTULO: MI SUBOFICIAL

SEUDÓNIMO: ANDREAS TOPPER

AUTOR: FEDERICO GANA JOHNSON

MI SUBOFICIAL

Qué ganas de no estar solo.

Los preparativos del funeral que comenzará antes del que vengo a acompañar logran que la tarde sea aún más fría. Desolada, más bien. Espero sin nadie alrededor.

Sentado con cierta impaciencia bajo débiles rayos de sol, diviso una banda de regimiento cuyos integrantes preparan sus instrumentos metálicos, que brillan como el hielo. Seguramente, van a homenajear a un viejo soldado que cayó vencido por los años vividos. Esto, a saber por el paso cansino de sus compañeros que están llegando a la despedida.

Aparecen frotándose las manos, buscando calor. Se abrazan. Los miro con detención. Entran como actores, dan la impresión de que se han ido acostumbrando al escenario. Se les nota las ganas repetidas de encontrarse una vez más, estos desenlaces sirven para ello. Saludarse efusivamente todos con todos, mientras puedan.

Debiera moverme del escaño donde espero al próximo cortejo, los espacios para las despedidas son celosamente exclusivos. Que no se viole la intimidad de la memoria. Los integrantes de la banda y los tres jóvenes conscriptos que portan el estandarte deben estar agotados en su posición firme. Como yo, no sabrán siquiera quién es el que parte. Los viejos compañeros se dan ánimo entre ellos y más de alguno dice, con la burda falta de originalidad que nos caracteriza, que ya nos tocará.

Debió ser un buen hombre el antiguo soldado. Los semblantes entristecidos de sus colegas que ya no llevan uniforme pero mantienen estrictez de regimiento, lo demuestran. Algunos hablan con voz golpeada sobre el compañero que vienen a despedir.

No puedo alejarme hasta que aparezcan los deudos que corresponden a las penas mías, porque dos asistentes al sepelio del militar desconocido me saludan con afán de compañerismo. Algo como el decoro me impide desaparecer sin dar explicaciones.

- Cómo está Mi Suboficial.

Me hace el pequeño y tradicional movimiento de cabeza un señor bajito, de chaqueta negra bastante abultada, pantalones oscuros muy largos y espaldas anchas, como de sargento. Yo le respondo su atento gesto también moviendo afirmativamente mi cabeza. Quien viene con él me da la mano y, con la boca cerrada, traspasa su sentimiento de compañero a compañero de armas. Recibo sin palabras el silencio tan elocuente al que se recurre cuando no hay nada que decir.

Otro recién llegado, de abrigo color pelo de camello y que saluda a todos efusivamente, me abraza con firmeza y me dice, con entusiasmo:

- Tanto tiempo sin verte.

Ya formo parte del grupo. Así pareció ser desde el principio, antes de que la banda tomara posición a las órdenes del cabo director. Ninguno de los presentes dudará, todos pensarán que fui muy cercano al fallecido y por eso llegué temprano. Somos una veintena a la espera del cortejo. Si todos los rostros son espejos del alma, el mío debe estar comenzando a mostrar tristeza. Pienso que si

hay banda, estandarte y los compañeros emocionados por la partida, el que se va fue alguien importante para ellos. Otro caballero alto y extremadamente delgado aparece recién y apurado me palmotea en silencio, como a todos, en la espalda.

Cuando aparece el carro mortuorio todos nos acercamos, con la vaga idea de servir para algo en esos momentos finales del compañero. La banda entona una marcha militar fúnebre, llamando a duelo. Caminamos lentamente tras el féretro hasta la capilla del cinerario junto a escasos familiares, que agradecen nuestra presencia. Qué bueno acompañarlos.

Busco una cara conocida pero no la encuentro.

Ya en el interior el primero que se acerca al féretro, encorvándose para hablar, es el que me dio la mano y el pésame con su riguroso silencio. Lee nerviosamente un extenso resumen de la biografía del occiso, que me deja detalladamente informado de quién fue el que despedimos. Enfatiza que no olvidarán al gran maestro que los instruyó y que, si no hubiera sido por Mi Suboficial, nosotros no seríamos los soldados que somos, porque seguiremos por siempre siendo sus alumnos. Muchas gracias, profesor. Yo, completamente de acuerdo, a los profesores los recordamos así y más todavía, a medida que pasa el tiempo se nos van engrandeciendo. También afirmo con mi cabeza y en silencio cuando el segundo en ocupar el espacio junto a las flores y yo ni siquiera aporté un modesto ramo, enfatiza que más que alumno y maestro, fueron grandes amigos.

Siento una emoción repentina.

A continuación, un oficial activo y gorra bajo el brazo se adelanta lentamente mientras saca unos papeles desde el dobléz del antebrazo de su

chaquetilla. Lee fríamente y todos le escuchamos decir que representa al cuerpo armado donde el suboficial que despedimos entregó gran parte de su vida profesional de soldado y, en nombre de la institución, entregamos nuestras sinceras condolencias a su familia y a sus compañeros.

El oficial regresa a su asiento. Pasa por mi lado, mis ojos lo siguen lo miro con la detención con que se mira a un superior.

El que parece hijo mayor del profesor, es más aclaratorio. Habla de la familia y el cariño de tantos años que este padre y abuelo nos regaló. Agradece nuestra presencia de compañeros de ruta, expresa que el papá fue un excelente jefe de hogar y educó a los suyos tanto con la rigurosidad aprendida en las filas como con el corazón de saberse un buen servidor de la Patria. No agrega el hijo más detalles de la vida familiar. Nada que me una más en confianza con el difunto y que me pudiera significar, por esas cosas de la vida, estimarlo sinceramente.

Al momento de los aplausos finales me sumo a ellos con el debido sentimiento.

Luego del descenso de la urna hacia las profundidades del cinerario, abandonamos el recinto lentamente y en silencio, chocándonos los ojos brillosos. Y, tras algunas despedidas con abrazos y fuertes apretones de mano de soldados, ya nos veremos, observo como unos pocos van hacia sus vehículos. La mayoría se va caminando.

Voy quedando solo. Esperando, quién sabe qué.

Y en esa soledad momentánea, ante de sumarme al cortejo que esperaba,

siento que ya estoy echando de menos a una persona que me hubiera encantado conocer y abrazarlo como se abraza a los cercanos.

Aunque fuera por última vez, Mi Suboficial.

FIN

